

MEDITACIÓN ANTE EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA CARIDAD

**José Luis Garrido Bustamante
Parroquia de San Andrés
sábado 4 de abril de 1987**

Buenas noches, Señor.

Así, Te vemos. Antes de que tus hermanos te procesionen. En las horas que preceden el acto de amor devocional de Sevilla, en torno al barroco suave de tu paso de misterio. Tronchado estás, Jesús, por esa muerte que te llegó tan pronto. Pero todavía hay laxitud en tus miembros.

Cuando las luces de la tarde del Lunes Santo se vayan apagando poco a poco, a medida que Te llevan por las calles, la escena sobrecogedora que Tu presides, ante la amargura de tu Madre, la belleza doliente de las Santas mujeres y la valentía decidida de los Varones, podrá poner un punto de meditación urgente en muchos de los que formen parte del público que se apiñará una vez más para contemplarte.

Esta noche, Señor, antes de que Te enfríes del todo; antes de envolverte en el sudario y depositarte entre las piedras; antes de la quietud total y el rigor mortis, queremos, aquí, en el silencio y en la penumbra de las naves del templo, pensar, en voz alta en Tu vida y en Tu ejemplo. Y pensar en nosotros también. Aunque nos cueste.

Todavía debe estar la cruz con la sangre fresca, pero ya supieron sacar piadosamente de entre tus cabellos revueltos las espinas de la corona cruel que te taladraban las sienas.

Y desclavaron tus manos y tus pies que están hinchados y abiertas en sus centros heridas redondas. Y estas, así, ante nosotros. Desnudo. Caliente todavía. Como si acabaras de fallecer sobre una mesa de operaciones. Dejándote mostrar... Y esperando.

Tus pies están cruzados como si todavía sintieran bajo sus plantas la rugosidad insensible de la madera. Tu brazo derecho se resbala del cuerpo. Aun no llegó la caricia piadosa y suave de unos dedos para tratar de cerrar del todo tus parpados entreabiertos. Y tu cabeza reposa.

Tu cabeza Señor.

Tu hermosa cabeza, martirizada, dolorida, taladrada, sangrante. Qué superficial, qué vacío, qué cobarde mirarla solamente,

analizar su estética, diluirnos en palabras huecas o en conceptos sensibleros o simplemente artísticos. Tu cabeza, Jesús. Tu cabeza pensante. Tu cabeza inteligente. Tu cabeza organizada.

Hoy, en este mundo nuestro, al que hemos llegado dos mil años después de que tu quisieras pensar como nosotros, imaginar como nosotros, temer y soñar como nosotros; los estudiosos, los intelectuales, suelen decir, cuando enjuician la cabeza de alguno de sus semejantes, a quienes admiran, que tiene la cabeza poderosa o que la muestra bien ordenada. Pero los que no creen, los que no se atreven a encerrarse con sus propios pensamientos, ni son capaces de permitir la formulación de las preguntas que llegan a inquietar, atribuyen al, en parte, ignoto desarrollo del misterio del cerebro, la causa y la consecuencia de la creencia en Ti, de la confianza en tu Padre que es el maestro.

Olvidaron, o no supieron nunca, que Chesterton ya pronunció aquella ingeniosa y certera frase: que, al hombre, para que crea, no se le pide que se quite la cabeza. Basta, simplemente, con que se desprenda del sombrero.

Porque hay que verte con humildad. Y deducir en un razonamiento simple que cualquiera de nuestras inteligencias limitadas tuvieron, por fuerza, que forjarse en el seno de una inteligencia superior. Y llegar así, por un encadenamiento de lógica sencilla, a postrarnos sumisos ante la superior inteligencia del Padre Dios que nos creara.

¿Quién soy yo?... ¿Qué hago yo aquí?...

Hay que atreverse con esas preguntas. Y admitir todas las variables posibles, todas las respuestas. Y las preguntas subsiguientes. Hasta llegar a las que no pueden contestarse si te eliminamos de un plumazo.

Porque podemos prescindir de Ti si no queremos pensar, si no nos atrevemos a pensar, si nos asusta llegar al término del pensamiento.

Pero Tú estás y estarás siempre cuando las respuestas se acaban y ya no se hallen argumentos para contestar, desde nuestra reducida vertiente de humanos limitados.

Estas ahí Señor como uno más de nosotros y te acabas de morir.

Alguien puede preguntar en voz baja... (Ya sabes, Señor, con discreción, como suelen hacerse siempre estas preguntas que la sensibilidad de los dolientes puede considerar embarazosas) alguien puede preguntar en un susurro si habías hecho testamento. Y lo hiciste, Señor.

Sabias que habías de morir y no quisiste dejar, como hacemos muchos, por aquí, a las previsiones de la ley, los temores de la propia imprevisión.

Entre otras razones, porque tu ley no es la de este mundo. Y bien que nos lo recordaste con tu palabra, con tu vida y con tu muerte.

¿Ha dejado testamento?...

Es un murmullo curioso la voz que pregunta. Escapándose quizás, impregnada de materialismo y futuro, de la salmodia acompañada de los rezos en torno del cadáver.

Y hay que contestar que sí.

Y aclarar después que es un testamento distinto. Un testamento que no es ni ológrafo ni cerrado. Que no tiene que protocolizarse ante ningún Juez de primera instancia.

Que no exige diligencias de depósito ni acreditación de identidades.

Pero un testamento que jamás será nulo aunque no haya tenido que someterse a formalidades precisas prolijamente expuestas en normas codificadas.

Que no habrá que revocar nunca.

Que no puede ser ineficaz.

Es un testamento original que divide a Tu familia en ocho grupos: Los pobres de espíritu; los que lloran; los mansos; los que padecen hambre y sed de justicia; los misericordiosos; los limpios de corazón; los pacíficos... los perseguidos. A todos les llamas Bienaventurados. Y el Testamento entero es como una proclama de revolución cuya redacción está muy lejos de haberla podido concebir ningún cerebro humano. El notario tendría que aprender detenidamente la primera de sus disposiciones para que la consiguiéramos entender bien. ¡Y es tan sencilla!

¡Pero tan incomprensible y tan fuera de realidad!

“Bienaventurados los pobres de Espíritu”

A ver, Señor, a ver... A ver si lo entendemos. Otra vez esa palabra que no gusta mucho. Los pobres, la pobreza.

El testamento es para calibrar lo que nos dejas. Ya sabes, Señor, los duelos con pan son menos... Y tú empiezas por el revés. Por la pobreza. Y le añades, por si fuera poco, eso del "espíritu" que lo termina de complicar.

Pobres de espíritu, Pobres que quieren ser pobres. Pobres desprendidos, generosos...

Gente que sepa emplear esas horas escasas de su tiempo no en ganar más, sino en resolver ese problema acuciante de la viuda que ha quedado desvalida con una carga de hijos porque su marido, que era viajante de comercio, se quedó un mal día, aplastado y roto, sobre el asfalto de la carretera.

Gente que administre lo que tiene sin quererlo tener. Y que lo sepa dar. Por mucho que cueste. Por mucho que haya que entrenarse cada día para aprenderlo.

Los pobres de espíritu. Los humildes.

Señor, perdona el ejemplo que vamos a poner para entenderlo.

Esto tuyo es como un bofetón a la tendencia nuestra de encumbrarnos, a nuestras blandronadas, a nuestras osadías... a ese deseo propio de figurar en todo... a esa dignidad herida que hasta llegamos a mostrar sin recato si no nos dan la vara que queremos, si no nos sientan en la presidencia que no gustan.

¿Pero no sabías, Señor, que la humildad esta pasada de moda?...

Con hombres humildes de corazón tu padre Dios ha conmovido al mundo.

Pero eso era antes cuando no existía la televisión, ni estaban en los quioscos las revistas del corazón, ni había en los hoteles suites especiales para los VIPS.

Cuesta trabajo entender la primera de tus proclamas. Que sólo desde la fe consigue el hombre su nobleza suprema. Que sólo por la inmersión en lo sobrenatural llegamos a obtener la dignidad verdadera.

Pero sigues refiriéndote a otro de los grupos de tu familia. Con tu paradoja permitida de elogios incongruentes.

"Bienaventurados los que lloran"

Al contrario, Señor, siempre al contrario.

El mundo dice "bienaventurados los que ríen" "dichosos los que se divierten" "los que son capaces de alejar de ellos los semblantes de funeral".

Triunfa en las reuniones el que sabe dar bromas. Con estilo. El que mejor cuenta chistes.

La historia no ha borrado de sus paginas de presente el largo capitulo de aventuras que antes protagonizaban los llamados señoritos andaluces y hoy pueden estar al alcance de algún ejecutivo de aparente brillantez.

Son las calaveradas que se cuentan y que se aplauden.

Y Tú...

"bienaventurados los que lloran"

- **Los que lloran por los que te traicionan.**
- **Los que lloran por los niños explotados, por las muchachas sometidas por los proxenetas.**
- **Los que derraman lagrimas por las ilusiones jóvenes perdidas en las redes de las mafias.**
- **Los que gimen por las rotativas manchadas de mentira, por las secuencias fílmicas podridas de sexo.**
- **Los que llegan a descubrirse con las mejillas húmedas de lágrimas ante el espectáculo de los que pisan con soberbia indiferencia los aprietos económicos de los que no ganan para llegar a fin de mes; la angustia de las madres cuyos hijos cayeron en el hábito de la droga; la desesperación de los abandonados; la amargura de los niños cuyo hogar rompiera el egoísmo.**

"Bienaventurados los mansos"

No los de cara torcida y sonrisa tímida de fragilidad asustada. No los que jamás dijeron un taco, los que pulieron su lenguaje y afeminaron sus formas.

Los mansos, Señor, los mansos. Los que se fortalecen con la brava masedumbre del amor. Los que no quisieran haber leído nunca la terrible amenaza "ojo por ojo; y diente por diente". Los que contemplan cada día impotentes cómo el mundo sigue anegándose en sangre. Los que quisieran que los redactores de las paginas de sucesos no tuvieran nada que redactar.

Porque detestan la tiranía, el odio, las incomprensiones, el bandidaje.

Y no es que Tú, Señor, pusieras siempre la otra mejilla.

Hay que leerte por entero para recordar tu pregunta ante el sayón que te abofeteaba: ¿por que me hieres?... o imaginarte a Ti, Jesús, con el látigo en la mano arrojando del Templo a los hipócritas, a los vendedores, a los cambistas.

Porque a Ti, ser manso no es ser un cobarde. Ni callar cuando hay que decir las cosas. Ni permitir que se insulte y se someta a befa el Santo nombre de tu Padre.

Pero bienaventurados los mansos porque el heroísmo de los que usan la mansedumbre es lo único capaz de transformar el mundo.

Y...

“Bienaventurados los que padecen hambre y sed justicia”.

Pero no sólo hambre.... Sed, también.

Con el hambre cruje desvalido el estómago vacío... La sed... padecer la sed, es una pesadilla.

Pero hay hambrientos que, desesperados, gritan pidiendo pan y acomodados que se quejan porque perturban el sosiego de su tranquilidad ayuna de problemas.

Y hay que ser justos no solo ante la evaluación de los hombres sino ante la mirada de Dios.

Tú, Señor, nos has pedido que nuestra justicia supere a la de los escribas y fariseos y nos has legado en este irrepentible testamento tuyo que tengamos hambre y sed de ella.

Estas esperando, Señor, que alcancemos la victoria sobre la injusticia del mundo, sobre la injusticia que oprime a la humanidad.

Porque en casa disfrutamos del bienestar, pero las plagas de las ratas inundan las ciudades alimentadas por los montones de bocadillos que van a parar al cubo de la basura o por los excedentes de trigo que hubo que sacar del mercado para mantener sus precios.

Y, mientras proliferan las clínicas para los perros y los gatos, los enfermos se aparcan en los pasillos de los hospitales. Y aumenta la burocracia, y las trabas y la lentitud de trámite indolente y culpable.

Habrá que entender aquí que nos estas pidiendo que no

escurramos el hombro. Que demos la cara. Que no permitamos que nos marginen. Que seamos más políticos que los políticos. Más sociales que los sindicalistas. Más combativos que los agitadores. Más polemistas y más duros que aquellos que con vulgaridades y sofismas pretenden alejar la verdadera justicia que tú deseas.

Y que nos unamos. Y que seamos fuertes. Porque ya nos lo dijo Pablo "en todas estas cosas venceremos por Aquel que nos amo" (Rom. VIII, 37).

"Bienaventurados los misericordiosos"

Yo leí, una vez, Jesús, que ser misericordioso es amar uno a su hermano hasta el punto de no formar más que un solo ser con él. Y compartir su mal. Y no poder soportar que lo padezca.

Y tengo presente las frases del apóstol de los gentiles "Testigo me es Dios de cuanto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús" (F. 1,8) y "os celo con celo de Dios" (II Cor. XI, 2).

A ti te pedimos misericordia. Muchas veces. En nuestros cánticos y oraciones desde el subconsciente de nuestro cristianismo urbano.

Pero cada día descuidamos más las obras de misericordia corporales.

¿Querrás creer, Señor, que ahora mismo tengo que hacer un esfuerzo mental para recordarlas?...

• ¡Esta tan lejos y tan caído en desuso el viejo catecismo!

Sin embargo, Jesús, sabemos que con la medida que midiéremos seremos medidos y Pablo, -otra vez Pablo- apostillaba que el cristiano debe saber que él es depositario de esa intención divina, que él debe llorar con los que lloran (Rom. XII, 15).

"Bienaventurados los limpios de corazón"

Mira, Señor, aquí podemos entender dos cosas. Que nos quieres limpios. Puros. Castos. Fieles... Vamos, sin líos con el otro sexo, por una parte. Íntegros y enteros, por otra.

Pero también podemos entender que los que tienen el corazón limpio son bienaventurados porque te ven a Tí. En todas las cosas. En lo pequeño y en lo grande. En lo incomprensible y en lo palmario.

Pastor eterno, tu golpe de cayado se siente sobre nuestras

cansadas costillas. Y tu voz tiembla entre los autobuses y los cláxones.

Bienaventurados los limpios de corazón... Porque ellos verán a Dios.

No nos gusta Cristo Santísimo de la Caridad eliminar la segunda parte de tu proclama.

Algunos se llaman providencialistas. Otros, tal vez, ni lo sepan si quiera. Los sencillos. Los que, como Teresa, adivinan tu sombra entre los pucheros. Tu mano entre los papeles de la oficina. Tus pisadas sobre el acerado de la calle solitaria. Tu sonrisa en la cándida alegría de los chiquillos. Tu consejo en la palabra del sacerdote y verte a Tí Dios nuestro significa de alguna manera estar en Tí y tener tus puntos de vista, tus propósitos y tus sentimientos.

“El mundo ya no me verá... pero vosotros me veréis” dijiste antes de que tu muerte se consumara y también “Si alguien recibe mis preceptos y los guarda... Yo le amaré y me manifestaré a el” (Io. XIV, 19, 21)

“Bienaventurados los pacíficos”

Los pacíficos son según la frase del Señor unos hacedores de paz. Los que se esfuerzan en conseguir la paz consigo mismo y luego la proyectan a su alrededor.

El verdadero pacificador no dejara escapar ninguna partícula de bien y a su lado todos se sentirán a gusto.

Porque la guerra no la quieren sino los halcones.

Pero ¿Quién es el que la promueve? ¿Qué mariscal es el que desenvaina primero el sable del combate?

¿Me equivoco, Señor, si pienso que en la cabecera de todos los conflictos bélicos está escondido un problema de competencia, o de egoísmo?

Entonces habrá que concluir que dan comienzo cuando no se toma en serio el décimo mandamiento: “no codiciarás los bienes ajenos”.

O sea que salta la chispa bélica en el mismo momento en que uno se propone pisar al otro, o quitarle lo que es suyo, aunque solo sea la fama, ¡Cuántas contradicciones ideológicas, cuántas divergencias! Quítate tú que me quiero poner yo.

**Ese no sirve. Yo valgo más.
Yo lo hice. Yo lo hago. Yo mando... Yo... mi grupo... mi criterio.
Porque la envidia me mueve. Y olvido que, de todos los
sentimientos humanos, ninguno está más alejado de Tu Padre,
Dios, que la envidia porque es una tristeza, incompatible con
Aquel que es la alegría sustancial. El bien de todo bien.**

**Si hay desunión es que uno vuelve a descender al nivel del yo,
que es todavía "carnal", como dice san Pablo, que uno pone su
centro en sí mismo y no en Dios.**

**"El diablo es el acusador de nuestros hermanos" quedó escrito en
el Apocalipsis. Y Tú, Jesús, pedías... "que todos sean uno".**

**Han pasado muchos siglos y seguimos sin entender todo esto. Y
menos aun el último de tus legados:**

" Bienaventurados los que padecen persecución"

**Es lo más difícil de comprender. Lo que más cuesta ¿Cómo Señor,
nos va a gustar ser perseguidos? Pero tú lo subrayas:
"Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con
mentira digan contra vosotros todo género de mal por bien".**

**O sea, Señor, que no podemos eludirlo. Que si aceptamos todo
esto tenemos que tener en cuenta igualmente la persecución.**

**Este año, otra vez, cuando la tarde comience y se abra san
Andrés, el Lunes Santo será el día del sepelio, de todos los años.
Y, mientras taña la esquila de la torre y el aire se llene de
vaharadas de incienso, la escena impresionante, que ideara,
esculpiera, y perfeccionara Ortega Bru, volverá a situarse ante
los ojos asombrados de la ciudad en la puerta embellecida de la
Iglesia con las molduras y la hornacina de la Inmaculada de la
reforma del cincuenta y tres.**

**En la plaza, en Amor de Dios, en San Miguel, en Jesús del Gran
Poder o en la Plaza del Duque será difícil encontrar sitio para
presenciar el cortejo.**

**Ortega ya no irá de costalero, ayudando a transportarte a Ti, su
Señor de la Caridad, porque ya le llamaste para que depositara,
ante tus pies heridos, pero resucitados, su costal de amor y su
gubia de portento.**

**Sebastián Santos y él mirarán hacia abajo y la Hermandad
seguirá ofreciendo su testimonio de cofradía sevillana, con el
silencio del Silencio, con el rigor del Calvario... con el estilo
personal de ella misma.**

A Ti, Señor de la Caridad, Te llevarán al Sepulcro, intentando calmar gemidos inconsolables y bellísimos de María de Magdala y tratando de enjugar las lágrimas suaves de esa Marta, ama de casa, que dejó sus labores para estar a Tu lado.

El barrio se quedará mudo y suspenso.

Pero, bajo el antifaz que iguala los rostros y elimina las diferencias, tus hermanos, los nazarenos, te acompañarán con luto externo, pero con felicidad interior, porque, cada uno de ellos, volverá a sentirse bienaventurado por pobre, por manso, por saber llorar y disponer de la grandeza espiritual para hacerlo; por tener hambre y sed de justicia; por misericordioso; por limpio de corazón, por pacífico y por perseguido.

Y, también, bienaventurado, por estar otra vez Contigo, en la bienaventurada Cofradía de Santa Marta



Francisco de Asís